
La
HEREDERA
y el enemigo perfecto
ELSA TABLAC

Derechos de autor © 2026 Elsa Tablac

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

CONTENIDO

Derechos de autor
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
EPÍLOGO
NOTA DE LA AUTORA
SERIES PUBLICADAS

CAPÍTULO 1

VALENTINA

Llegué puntual a la reunión. Eso era lo único que necesitaba para ganar el primer *round.* Porque en las reuniones con Roman Prescott, la puntualidad era un buen arma.

Llegar antes que él significaba elegir asiento, controlar la temperatura de la sala, ordenar los papeles con calma.

Llegar después, en cambio, implicaba encontrárselo ya instalado en el mejor extremo de la mesa, con esa postura de un hombre que nunca ha tenido que apresurarse por nada, pero siempre mirándote como si hubieras interrumpido algo importante.

Eran las nueve menos dos minutos de la mañana. Abrí la puerta de la sala de juntas de Michaelis & Prescott con mi obligado café en una mano y mi carpeta en la otra, dispuesta a conseguir lo que quería.

El muy cabrón ya estaba sentado.

En mi silla.

Bueno, técnicamente no era *mi* silla. Era la silla del extremo de la mesa más cercano a la ventana, la que tenía mejor luz y quedaba de espaldas a la puerta. La que yo siempre elegía porque me hacía sentir que controlaba la habitación. Él lo sabía. Por eso estaba ahí.

—Buenos días —dije, con la sonrisa más serena que fui capaz de componer a esa hora.

Roman levantó la vista de sus documentos. Tenía ese tipo de cara que resultaba irritante precisamente porque no había nada que criticarle: mandíbula bien definida, ojos de un gris verdoso que cambiaban un poquito según la luz, el cabello oscuro ligeramente revuelto de una manera que, sospechaba, le llevaba quince minutos

conseguir frente al espejo. Iba en mangas de camisa, con el primer botón desabrochado, y parecía absolutamente cómodo siendo la persona más atractiva de cualquier habitación en la que entrara.

Era muy atractivo.

Lo odiaba con una eficiencia que me enorgullecía.

—Señorita Michaelis —respondió, con esa voz grave que usaba como si fuera un instrumento de precisión—. Llegas tarde.

—En absoluto. Son las nueve menos un minuto.

—La reunión era a las nueve menos cinco.

Lo miré fijamente.

—Eso no es lo que decía el correo.

—Es lo que decía mi correo.

Respiré hondo. Ocupé la silla frente a la suya, que era perfectamente funcional y no tenía nada de malo, y me dije que era una adulta de veintiocho años con una licenciatura en Diseño y un máster en Gestión Empresarial, y que no iba a dejar que un hombre con buen mentón me arruinara el miércoles.

Daniela, mi asistente, entró en la sala detrás de mí con cara de haber corrido escaleras arriba por los últimos tres pisos.

—¿Traigo más café? —preguntó, mirando alternativamente a Roman y a mí y captando la tensión al instante.

—Por favor —dijimos los dos al mismo tiempo.

Daniela desapareció a toda velocidad.

Abrí mi carpeta y saqué los informes del tercer trimestre. Roman ya tenía los suyos extendidos sobre la mesa, con anotaciones en los márgenes escritas con esa letra apretada y ordenada que tenía, como si incluso su caligrafía necesitara estar bajo control.

—He revisado los números de producción —dije—. La línea de accesorios ha crecido un diecisiete por ciento respecto al año pasado. Propongo reinvertir ese margen en expandir la colección primavera-verano.

Roman cogió uno de sus papeles sin apartar sus ojos de los míos.

—Pues yo he revisado los mismos números —dijo—. Y lo que propongo es destinarlo a modernizar la cadena de distribución.

Llevamos dos años con un sistema logístico que tiene la misma tecnología que un fax.

—La distribución funciona.

—Bueno…yo diría más bien que *sobrevive*. Hay una gran diferencia.

—Expandir la línea creativa es lo que diferencia a esta empresa de las otras veinte marcas del sector que hacen exactamente lo mismo que nosotros pero con mejor presupuesto de marketing.

—Expandir la línea creativa sin una infraestructura sólida es construir un escaparate bonito sobre una estructura que se cae a pedazos.

Lo miré. Él me miró. En algún lugar del edificio, una impresora emitió un pitido solitario.

—Mi padre —dije, con cuidado— levantó de cero esta empresa apostando siempre por el diseño.

Algo atravesó la cara de Roman. Duró menos de un segundo, pero lo vi.

—Lo sé —respondió, en un tono algo más bajo—. Yo estaba ahí con él.

Eso me cortó el siguiente argumento por la mitad. Era verdad: Roman Prescott empezó a trabajar en Michaelis cuando aún era solo un taller en el barrio textil y mi padre tenía más deudas que esperanzas. Eran veinte años de historia juntos, a pesar de la juventud de él. Desde la muerte de mi padre, Roman y yo llevábamos casi dos años de reuniones cada vez más tensas y la sensación permanente de haber heredado una guerra que no empecé.

Daniela regresó con el café y lo colocó en la mesa con cuidado.

—Gracias, Dani —dije.

—El señor Prescott trajo también —anunció ella, señalando una caja de la pastelería de la esquina que yo no había visto, colocada discretamente al lado de sus documentos— *croissants.*

Miré la caja. Miré a Roman.

—¿Has traído *croissants*?

—Alguien tenía que hacerlo. Las reuniones de dos horas sin comer afectan al juicio.

—Yo tengo el juicio perfectamente intacto.

—Tú solo tienes un café y una carpeta. Eso no es desayuno. Es más bien una declaración de guerra con cafeína.

Daniela emitió un sonido que podría haber sido una tos o una risa reprimida, y salió de la sala antes de que yo pudiera decidir cuál de las dos era.

Me levanté un momento y cogí un *croissant.*

No iba a fingir tener más carácter que hambre. Era miércoles por la mañana y me había saltado el desayuno para llegar puntual a una reunión que, según él, empezaba cinco minutos antes de lo que yo creía.

Roman observó cómo cogía el *croissant* con una expresión que no era exactamente una sonrisa pero que se le parecía peligrosamente.

—Sigamos. Los números de distribución —retomé, con la boca todavía medio llena, lo cual arruinó ligeramente mi autoridad— tienen una proyección de retorno a tres años. La expansión creativa puede generar resultados en dos trimestres.

—Los resultados rápidos son para las empresas que necesitan impresionar a alguien. Nosotros llevamos veintidós años en el mercado.

—Exactamente. Llevamos veintidós años. Y el sector lleva tres cambiando más rápido de lo que este consejo directivo cree.

Roman apoyó los codos sobre la mesa y me miró con esa atención concentrada que tenía y que resultaba, contra toda lógica, bastante difícil de sostener.

—¿Qué propones exactamente, Valentina?

Era la primera vez que usaba mi nombre. Sin el "señorita", sin el apellido. Solo mi nombre, dicho con esa voz grave y tranquila, como si lo hubiera estado guardando para el momento en que quisiera descolocarme.

Funcionó. No lo iba a reconocer en voz alta, pero funcionó.

—Propongo —dije, con toda la calma que fui capaz de invocar— que votemos hoy y que el resultado se refleje en el presupuesto del próximo trimestre. Sin más reuniones intermedias. Sin más correos con horarios incorrectos.

Roman recogió sus papeles, los ordenó con ese gesto preciso y algo exasperante que tenía, y asintió despacio.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo?

—He dicho que estoy de acuerdo. ¿Necesitas que lo repita o es suficiente con una vez?

Lo miré un momento.

—Una vez es suficiente —dije.

Votamos. Empatamos. Como siempre.

Salí de la sala con mi carpeta, mis números y la mitad de un *croissant* que me terminé en el ascensor, diciéndome que el empate era perfectamente aceptable y que el hecho de que Roman Prescott supiera cuál era mi silla favorita no significaba nada.

CAPÍTULO 2

ROMAN

Hay cosas que aprendí a hacer bien muy pronto en la vida: leer un contrato en diagonal y detectar la cláusula problemática antes de llegar a la segunda página, negociar sin levantar la voz, y no mostrar lo que sentía en una sala llena de gente que estaba buscando exactamente eso.

Pero lo primero que aprendí, sin embargo, fue mucho más básico.

Aprendí a no quejarme.

Tenía dieciocho años cuando entré por primera vez en el taller de Ettore Michaelis con las suelas de los zapatos despegándose y un papel doblado en el bolsillo donde había escrito, con la letra insegura de quien no está acostumbrado a pedir favores, los motivos por los que debería contratarme.

No tenía experiencia, no tenía referencias, y lo que tenía en la cuenta bancaria no llegaba ni a tres cifras. Lo que sí tenía era la certeza absoluta de que no había ningún otro plan.

Ettore me miró de arriba abajo, leyó mi papel, y dijo: *Empiezas el lunes.*

No me preguntó por mi familia. No me preguntó dónde vivía. Ettore Michaelis era un hombre que medía a las personas por lo que hacían, no por lo que contaban, y eso me pareció la cosa más justa que alguien me había ofrecido en mis dieciocho años de vida.

Veinticuatro años después, yo era el propietario del cuarenta y nueve por ciento de la empresa que él había construido, tenía una oficina en el ático del edificio que habíamos comprado juntos en el

mejor año que recordábamos, y Ettore (sí, el padre de Valentina) llevaba dieciocho meses muerto.

Y yo seguía sin quejarme.

Aunque algunos miércoles costaba más que otros.

El e-mail llegó a las once de la mañana, dos horas después de nuestra reunión trimestral. Lo leí una vez, lo cerré, lo abrí de nuevo y lo releí despacio, por si la segunda lectura cambiaba el contenido.

No cambió.

Feria Internacional de Inversores del Sector Moda — The Hamptons — del 17 al 20 de octubre. Asistencia obligatoria de ambos socios fundadores según cláusula 14.3 del contrato de asociación vigente.

Cláusula 14.3.

Me recosté en la silla y miré el techo durante aproximadamente diez segundos, que era todo el tiempo que me permitía dedicarle a algo antes de decidir qué hacer con ello.

Marcus, mi asistente, apareció en el umbral con cara de saber exactamente lo que contenía ese correo porque él lo había recibido antes que yo y había estado esperando mi reacción con la discreción de alguien acostumbrado a gestionar malas noticias.

—Cuatro días —dije.

—Correcto. Cuatro días —confirmó.

—En los Hamptons.

—En una propiedad rural. Casa compartida para los representantes de empresas asociadas. El organizador la describe como *íntima y favorecedora del networking.*

—¿Quién demonios escribe eso?

—Alguien que nunca ha tenido que hacer networking en contra de su voluntad, supongo.

Lo miré. Marcus tenía treinta y dos años, una paciencia estructural, y la habilidad de decir las cosas más inconvenientes con una expresión completamente neutra. Era una de las razones por las que le pagaba bien.

—¿Hay alguna forma de sortear la cláusula?

—He consultado con el equipo legal esta mañana, anticipando la pregunta —hizo una pausa breve—. Y no. No la hay. La cláusula 14.3 fue redactada específicamente para eventos de esta categoría. Si uno de los dos socios no asiste, la empresa pierde la representación oficial y los acuerdos firmados durante el evento podrían impugnarse.

—¿Quién redactó esa cláusula?

Marcus me miró con algo parecido a la compasión.

—Me temo que fue usted, señor Prescott. En 2019, junto con el señor Michaelis.

Por supuesto.

Me levanté, fui a la ventana y miré la calle, once pisos más abajo. Era una de esas mañanas de octubre en que la ciudad tenía buena luz, el tipo de luz que te convencía de que todo era más manejable de lo que parecía. Era mentira, pero la arquitectura del optimismo a veces resultaba útil.

Cuatro días en los Hamptons con Valentina Michaelis.

Fuera de una sala de reuniones, fuera del territorio neutral de los documentos y los órdenes del día, sin la mesa de juntas como frontera geográfica entre los dos.

La había visto crecer. Ese era el problema, o parte de él. Recordaba a la niña de doce años que aparecía a veces por el taller los sábados, con el pelo recogido en dos coletas asimétricas y una opinión muy formada sobre los tejidos que su padre le enseñaba a tocar.

Recordaba también a la adolescente de diecisiete que un día discutió con Ettore durante cuarenta minutos sobre el uso del color en la colección de ese año y que, al final, tenía razón.

Y recordaba a la chica de veinticinco que apareció en el funeral de su padre con la espalda perfectamente recta y los ojos brillantes, y que tres semanas después se presentó en mi oficina con una carpeta, una propuesta de continuidad empresarial, y la mirada de alguien que ha decidido que el dolor puede esperar.

Había algo en esa mujer que me resultaba, en el peor sentido posible, difícil de ignorar.

No era solo que fuera hermosa, que lo era, con esa clase de belleza tranquila y afilada que no necesitaba anunciarse. Es que también era inteligente de verdad, y terca como ella sola, y apasionada por esa empresa de una manera que yo reconocía muy bien porque era exactamente la misma con la que yo la había querido a los dieciocho años cuando no tenía nada más.

El problema era que también era la hija de Ettore. Y mi socia. Y la persona con la que llevaba año y medio peleando cada decisión como si el destino de la civilización occidental dependiera de los márgenes de producción del segundo trimestre.

No podía verla de otra forma. No me lo podía permitir.

—Reserva las habitaciones, pero que estén lo más alejadas posible la una de la otra —dije, sin apartar los ojos de la ventana—. Y avisa al equipo de comunicación para que prepare el dossier de presentación.

—¿Se lo comunica usted a la señorita Michaelis o lo hago yo?

Me giré.

—Yo me encargo.

Marcus asintió y desapareció con esa eficiencia silenciosa que tenía. Cogí el teléfono, busqué el contacto de Valentina —que tenía guardado, por razones que prefería no examinar, simplemente como *V*— y la llamé.

Respondió al segundo tono.

—Prescott —su voz tenía ese tono de alerta que usaba conmigo, como si cada llamada mía fuera potencialmente una emboscada. No andaba del todo equivocada.

—Michaelis. ¿Has leído el correo del organizador de la feria de los Hamptons?

Silencio de dos segundos.

—Acabo de verlo.

—Entonces ya sabes lo de la cláusula 14.3.

—Sí —otra pausa—. También sé que esa cláusula la redactaste tú.

—Con tu padre. En un contexto completamente diferente.

—Qué conveniente para ti.

Apoyé el hombro en el marco de la ventana e identifiqué algo que no era exactamente irritación pero que se le parecía bastante.

—No es conveniente para ninguno de los dos —dije—. Son cuatro días, pero tenemos que ir. Presentamos la empresa, hablamos con los inversores, sonreímos para las fotos y nos volvemos a casa. Como adultos funcionales.

—Qué descripción tan inspiradora de un fin de semana de trabajo.

—¿Hay alguna objeción de fondo o solo de forma?

—De momento lo estoy procesando —su voz tenía ese filo controlado que usaba cuando estaba cabreada—. Te llamo mañana con mi respuesta formal.

Carraspeé.

—Me temo que la cláusula no admite respuesta formal. Solo admite asistencia.

Silencio.

—Bien —dijo, finalmente, con una tersura que habría cortado el cristal—. Nos vemos en los Hamptons, Prescott.

—Nos vemos en los Hamptons, Michaelis.

La línea se cortó.

O eso creí.

Porque dos segundos después, antes de que la llamada terminara del todo, llegó con perfecta claridad, en voz baja pero audible, lo que Valentina Michaelis dijo cuando pensó que ya había colgado:

—*Insufrible.*

Me quedé mirando la pantalla del teléfono.

Y sonreí.

Fue un reflejo, completamente involuntario, de esos que aparecen antes de que el cerebro pueda vetarlos. Una sonrisa pequeña, muy privada, que no tenía público ni testigos excepto yo mismo y la ciudad al otro lado de la ventana.

Me la borré de la cara en aproximadamente un segundo y volví a mi mesa.

Cuatro días.

Podía sobrevivir a Valentina cuatro días.

CAPÍTULO 3

VALENTINA

El silencio dentro del coche era de ese tipo de silencio que tiene un peso específico.

No era el silencio cómodo de dos personas que no necesitan hablar. Era muy activo, casi eléctrico. El de dos personas que tienen demasiadas cosas que decirse y han tomado la decisión táctica de no airear ninguna.

Roman miraba por la ventanilla con esa expresión neutra suya, como de esfinge. Yo revisaba correos en el teléfono con una concentración que era noventa por ciento actuación y diez por ciento trabajo real.

El chófer, un hombre llamado Gerald que claramente había detectado la situación en los primeros tres minutos, no había vuelto a intentar conversación desde que Roman le había respondido con monosílabos a su comentario sobre el tráfico.

Pobre Gerald. Él solo quería hablar del tiempo.

Llevábamos casi dos horas de trayecto hacia los Hamptons cuando el paisaje empezó a cambiar: menos autopista, más árboles, el cielo de octubre volviéndose de ese gris profundo que en circunstancias normales me habría parecido fotogénico y hasta literario. En estas circunstancias concretas me parecía un mal presagio.

—¿Has revisado los detalles del alojamiento? —pregunté, sin apartar los ojos del teléfono.

—Marcus se encargó de ello—dijo Roman.

—¿Y no lo revisaste tú personalmente?

Una pausa mínima.

—No. Marcus es eficiente. ¿Para qué querría un asistente, si no?

—Qué fe tan conmovedora.

Él no respondió. Yo volví a mis correos.

Veinte minutos después, Gerald aminoró la velocidad y anunció con una voz neutral:

—Hemos llegado.

Levanté los ojos y me quedé mirando.

La propiedad estaba al final de un camino de grava rodeado de robles enormes, con una valla blanca de madera y un jardín pequeño pero cuidado con flores de temporada en los bordes del sendero.

La construcción en sí era una cabaña. Y cuando digo cabaña, no quiero decir una estructura rústica con tablones de madera y olor a humedad. Quiero decir una cabaña de revista de decoración, con la fachada en piedra gris, una chimenea exterior, ventanas con contraventanas en azul marino, y una pequeña terraza delantera con dos sillones de mimbre y una mesita entre ellos.

Era absolutamente encantadora.

Era el tipo de sitio donde la gente venía a pasar un fin de semana romántico, a beber vino frente al fuego y a no salir de la cama hasta el mediodía.

Me bajé del coche despacio.

Roman se bajó y se colocó a mi derecha. Se quedó en silencio durante tres segundos completos, mirando la cabaña con una expresión que fui incapaz de leer.

—Voy a matar a Marcus —dijo.

—Es muy pequeña —observé, con una voz perfectamente calmada que no reflejaba en absoluto el pánico que estaba empezando a organizarse en mi interior.

—Es una cabaña para recién casados con buen gusto y bajo umbral de necesidad de espacio personal.

—Tampoco es para tanto.

—Valentina —señaló la terraza delantera—. Ahí hay una hamaca para dos personas.

La había. Efectivamente. Una hamaca para dos personas con cojines a rayas azules y blancas, colocada entre dos postes de madera.

Cogí mi maleta del maletero antes de que Gerald pudiera alcanzarla y entré por la puerta principal, que estaba abierta, porque el organizador del evento había dejado las llaves dentro con una nota manuscrita que decía:

¡Bienvenidos! Esperamos que disfruten de la experiencia Hamptons.

Hice un recorrido rápido y silencioso.

Salón con chimenea de piedra. Cocina americana integrada, pequeña pero completa. Un baño. Y dos habitaciones.

Dos habitaciones que, cuando abrí la primera puerta y luego la segunda, descubrí que estaban separadas por una pared que, al golpearla suavemente con los nudillos, emitió el sonido hueco e inequívoco típico de tener el grosor de una hoja de cartón prensado.

Roman apareció detrás de mí, miró las dos habitaciones, miró la pared, y dijo:

—Bien.

—Bien —repetí yo.

Ninguno de los dos dijo nada más durante un momento.

—Busco hotel —anuncié, sacando el teléfono de inmediato.

—Buena idea.

Me molestó que él no tuviese la iniciativa de dejarme la cabaña para mí sola y largarse él a un hotel. Pero al cabo de unos instantes, pareció captar la indirecta silenciosa.

Me instalé en el sofá del salón y abrí tres aplicaciones distintas. Roman hizo lo mismo en el sillón frente a mí, y durante unos cuatro minutos el único sonido en la cabaña fue el de dos personas deslizando el dedo por pantallas con una concentración desesperada.

Entonces Roman dijo:

—¿Estás viendo lo que veo yo?

—Depende de lo que estés viendo tú.

—Todo completo en un radio de cuarenta kilómetros.

Cerré los ojos un segundo.

—Hay un torneo de golf —dije—. Internacional. Lleva tres días.

—El golf —repitió Roman, con un tono que sugería que acababa de añadir ese deporte a una lista personal de enemigos.

—Hasta el martes —dejé el teléfono en el regazo—. Todos los hoteles, posadas, casas rurales y, según esta última aplicación, incluso los Airbnb en cincuenta kilómetros a la redonda están ocupados hasta el martes.

Roman me miró.

Yo también lo miré.

Por la ventana del salón, el cielo que llevaba toda la tarde insinuando sus intenciones decidió dejar de ser sutil. Las primeras gotas golpearon el cristal con una determinación que no prometía nada bueno, y en el tiempo que tardé en procesar eso, el viento cambió de tono y pasó de brisa otoñal a algo bastante más serio.

—Estupendo —dije.

—Es solo lluvia.

—Prescott, hay nubes negras sobre esa colina que tienen exactamente el aspecto de las nubes que salen en las películas justo antes de que alguien diga *nunca debimos venir aquí.*

Él miró por la ventana con esa calma suya que en ese momento encontré profundamente irritante.

—Sobreviviremos una tormenta.

—No estoy preocupada por sobrevivir la tormenta. Estoy preocupada por sobrevivir cuatro días encerrada contigo en una cabaña para recién casados mientras llueve.

—*Coqueta cabaña deluxe* —leyó él, supuse que de la descripción del organizador—. Así la llaman.

—Voy a deshacer la maleta —dije, levantándome—. Y luego voy a ignorar sistemáticamente todo lo que está pasando.

—Parece un plan sólido.

Me metí en la habitación que había elegido, la mejor, por supuesto; la de la derecha. Cerré la puerta, y me senté en el borde de la cama, que era mullida y olía a lavanda y tenía exactamente el

aspecto de una cama en la que era muy fácil olvidar los principios propios.

Empecé a deshacer la maleta.

La tormenta empeoró en el tiempo que tardé en colgar tres vestidos y ordenar los zapatos.

Para cuando quise guardar el neceser en el baño, el viento sacudía las contraventanas con una violencia que habría resultado incluso hermosa en otras circunstancias, y la luz del techo parpadeó una vez, dos veces, y luego se apagó.

Silencio.

Oscuridad.

—¿Valentina? —la voz de Roman, al otro lado de la pared de cartón, perfectamente audible, como si estuviera en la misma habitación.

—Estoy bien —respondí, quizás un tono más alto de lo necesario.

—El generador está en el exterior. Voy a intentar reiniciarlo.

Oí ruido sordo, y luego pasos. La puerta de la cabaña abriéndose y cerrándose. Más viento. Diez minutos de silencio en los que me quedé sentada en la cama en la oscuridad, negándome a admitir que la situación tenía algo de inquietante, hasta que escuché a Roman volver a entrar con el sonido inconfundible de ropa empapada y paciencia agotada.

—El generador no arranca —dijo, desde el otro lado de la pared.

—Lo suponía.

Unos minutos después, escuché un golpe suave en mi puerta.

Abrí.

Roman estaba en el umbral con el pelo mojado pegado a la frente, la camisa oscurecida por la lluvia en los hombros, una linterna en una mano y en la otra, doblada con esa precisión ridícula que tenía para todo, una manta de lana color crema que había cogido del sofá.

Me la ofreció sin decir nada.

Lo miré a él y después la manta. Miré la oscuridad detrás de él, la tormenta al otro lado de las ventanas, la hamaca para dos personas que probablemente en ese momento estaba volando hacia

Connecticut, y la pared tan delgada como una promesa rota que separaba nuestras habitaciones.

Le arrebaté la manta.

—El universo me odia —dije.

Roman inclinó la cabeza ligeramente.

—O nos odia a los dos —respondió—. Que es casi peor.

Y eso, por alguna razón que decidí no examinar esa noche, fue lo más de acuerdo que había estado con él en el maldito año y medio que llevábamos trabajando juntos.

CAPÍTULO 4

ROMAN

Había encendido hogueras en condiciones peores.

A los dieciocho años, en el apartamento sin calefacción donde viví solo durante casi dos años, aprendí que la diferencia entre pasar frío y no pasarlo dependía de saber exactamente lo que estabas haciendo con las manos. Papel primero, madera pequeña encima, troncos cuando el fuego ya tuviera criterio propio. Sin prisas ni atajos.

La chimenea de la cabaña era buena, de piedra vieja y bien construida, y en diez minutos tenía un fuego que se sostenía por sí solo.

—Bien —dijo Valentina, desde el sofá, con una manta enrollada alrededor de los hombros.

—¿Bien?

—Que lo has hecho bien, digo. Con el fuego —hizo una pausa—. No esperaba que supieras.

Me limpié las manos en un trapo que había encontrado en la cocina y la miré.

—¿Y qué esperabas exactamente?

—No sé. Que llamaras a alguien para que lo hiciera.

—No hay cobertura.

—Ya. Por eso lo digo como cumplido.

Me senté en el sillón frente al sofá, que era donde correspondía sentarse, a una distancia razonable y con el fuego entre los dos como frontera neutral.

La linterna estaba en la mesa de centro apuntando al techo, repartiendo una luz anaranjada que sumada a las llamas convertía el salón en algo que, en otras circunstancias, habría resultado bastante agradable.

Valentina había encontrado las provisiones mientras yo me peleaba con el generador. Las tenía organizadas en la mesita con una eficiencia que me resultó, contra mi voluntad, entrañable: una tabla de quesos en el centro, uvas a un lado, el pan en su bolsa de papel, una selección de frutos secos en un cuenco pequeño. Y la botella de vino tinto que el organizador había dejado en la encimera con una nota muy entusiasta: *¡Para los momentos de relax!*

—¿Abrimos el vino? —preguntó Valentina.

—No sé si es buena idea.

—Completamente de acuerdo —cogió la botella y empezó a buscar el sacacorchos—. ¿Tienes tú uno por casualidad o miro en los cajones?

Lo encontró sola. Sirvió dos copas con toda la naturalidad de quien ha tomado una decisión y prefiere no debatirla. Me pasó una por encima de la mesita, y se acomodó de nuevo en el sofá con las piernas recogidas debajo de ella y el queso en el regazo.

Olisqueé la copa.

Era un Cabernet correcto, mejor de lo que esperaba de una cesta de bienvenida, y el fuego hacía el trabajo de crear una atmósfera que ninguno de los dos había pedido pero que tampoco rechazaríamos activamente.

Durante un rato comimos y no dijimos gran cosa. Era un silencio diferente al del coche, más poroso, sin las aristas de las horas previas. La tormenta seguía al otro lado de las ventanas, organizada y persistente, y había algo en ese sonido continuo que hacía que la cabaña se sintiera más pequeña y más cálida al mismo tiempo.

Valentina miraba el fuego con esa expresión que a veces aparecía cuando bajaba la guardia, tranquila y ligeramente distante, y que me recordaba, con una cierta incomodidad que había aprendido a gestionar, a su padre.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo, sin apartar los ojos de las llamas.

—Depende de la pregunta.

—Si mi padre estuviera aquí —hizo una pausa pequeña—. ¿Qué crees que habría hecho con la empresa? A estas alturas, digo. Con el mercado como está, con los cambios del sector.

No esperaba esa pregunta. O sí la esperaba, en algún lugar donde guardo las cosas que prefiero no anticipar, y precisamente por eso no tenía respuesta preparada.

Miré el vino en mi vaso.

—Creo que Ettore habría expandido —dije, finalmente—. Pero no de la manera que tú propones ni de la que propongo yo.

Valentina giró la cabeza hacia mí.

—¿Cómo entonces?

—Ettore nunca hacía una cosa sola. Cuando decidía algo, llevaba tres movimientos pensados de antemano que nadie más veía hasta que ya estaban hechos —bebí un poco—. Habría expandido la línea creativa y modernizado la distribución al mismo tiempo, probablemente buscando un socio tecnológico que absorbiera parte del coste de infraestructura mientras la colección generaba visibilidad. Nos habría dado a los dos la razón sin decírselo a ninguno.

Valentina permaneció callada un momento.

—Eso es exactamente lo que habría hecho —dijo, en voz baja.

—Lo sé. Lo vi hacer algo parecido en 2011, cuando el sector estaba en una situación no tan diferente de la actual.

—Yo tenía trece años en 2011.

—Tenías trece años y una opinión muy clara sobre los tejidos de otoño de ese año.

Algo cruzó su cara, entre la sorpresa y otra cosa más suave.

—¿Te acuerdas de eso?

—Me acuerdo de casi todo lo que pasó en ese taller. —no sé bien por qué lo dije con esa honestidad, quizás era el vino, o el fuego. O quizás era que la tormenta creaba una especie de paréntesis donde las reglas habituales aplicaban con menos rigor—. Fueron los mejores años de mi vida, Valentina. Sin exageración.

Ella me miró durante un momento que duró algo más de lo habitual.

—¿Por qué nunca hablas de eso?

—¿De qué?

—De él. De lo que significó mi padre para ti. En este año y medio de reuniones, jamás… —hizo una pausa—. A veces pienso que olvidas que yo también lo perdí.

Eso me golpeó en un sitio que no tenía bien blindado.

Ettore Michaelis me había dado trabajo cuando no tenía nada, me había enseñado todo lo que sé: a leer un balance y a distinguir un tejido bueno de uno mediocre, me había prestado dinero sin pedirme garantías cuando fui a buscarlo con mi primera propuesta seria, y dos décadas después me había hecho su socio igualitario con una confianza que todavía, en los momentos tranquilos, me resultaba difícil de sostener sin que pesara.

Era el hombre más importante de mi vida, más que mi propio padre, y no tenía ningún título para reclamar ese lugar porque no; no era mi padre. No era mi familia, era simplemente el hombre que había decidido que yo valía la pena cuando yo aún no lo sabía.

Y su única hija estaba sentada frente a mí, con una manta color crema y una copa de vino, diciéndome que yo me olvidaba de que ella también había perdido algo.

—No me olvido —dije—. Es solo que me parece que no tengo derecho.

Valentina frunció el ceño levemente.

—¿Derecho a qué?

—A echarlo de menos en voz alta —las palabras salieron de mí con muy poco control por una vez—. Tú eres su hija. Yo era su empleado, al que convirtió en socio por razones que todavía no termino de entender del todo.

—Él sí las entendía —dijo ella, con una sencillez que no admitía discusión—. Y eso tendría que ser suficiente.

El fuego crepitó. La tormenta siguió haciendo su trabajo al otro lado de las paredes. Valentina volvió a mirar las llamas y yo la miré a ella, durante más tiempo del que era estrictamente necesario o prudente.

Yo tenía cuarenta años cuando Ettore murió. Cuarenta y dos ahora. Y en el tiempo que llevaba bregando con su hija sobre

márgenes de producción y estrategias de distribución, había construido un sistema muy eficiente para no ver lo que era perfectamente evidente si uno se permitía mirar con honestidad.

Valentina Michaelis era brillante. Era terca y afilada y apasionada por la empresa con la misma intensidad irracional con la que yo había mostrado a los dieciocho años.

Ella tenía una forma de entrar en una habitación que reordenaba el espacio sin ser consciente de ello, y cuando bajaba la guardia, como ahora, había algo en su cara que era lo más parecido a Ettore que quedaba en el mundo.

Y era preciosa, joder.

Lo había sido siempre, pero de una manera que yo había archivado en una categoría sin acceso, desde el momento en que se presentó en mi oficina con su carpeta y su propuesta de continuidad y aquellos ojos, que no eran frialdad sino una forma de valentía que reconocí porque la había practicado yo mismo.

Rellené mi copa, y después la suya.

—Mañana tenemos la primera sesión a las nueve —dije, porque era lo más neutral que se me ocurrió.

—Lo sé.

—Deberíamos dormir.

—Probablemente.

Ninguno de los dos se movió durante otro minuto entero.

Luego Valentina se estiró, dejó la copa en la mesa y se levantó con la manta todavía sobre los hombros.

—Gracias por el fuego —dijo.

—No me las des. Mañana supongo que volveremos a estar en desacuerdo sobre algo.

—Seguramente —y entonces, en el umbral del pasillo, se giró —. Roman. Él habría querido que hablaras de él. Por si sirve de algo.

No esperó respuesta. Escuché sus pasos, la puerta de su habitación cerrándose despacio, y me quedé solo frente al fuego como un idiota, con el vaso en la mano y algo en el pecho que no tenía nombre todavía pero que ya ocupaba bastante espacio.

Es el vino. Me lo dije con claridad y convicción mientras apagaba las velas y me metía en mi habitación.

El vino, la tormenta, el fuego.

La trampa perfecta de una noche diseñada para bajar defensas.

Me tumbé en la cama y escuché la lluvia en el tejado y, a través de la pared absurdamente delgada, el sonido casi inaudible de Valentina moviéndose, acomodándose, quedándose quieta.

Era el vino.

Pero el vino no explica por qué recordaba exactamente cómo había dicho *él sí las entendía*, con esa sencillez sin fisuras. El vino no explica por qué la imagen que me acompañó hasta quedarme dormido no era la de mi socia ni la de la hija de Ettore ni la de mi adversaria de tres años de reuniones.

Era simplemente ella. Valentina, con su manta y su vaso, y sus ojos reflejando el fuego.

Inútil. Era completamente inútil seguir llamando de otra manera lo que estaba sintiendo por ella desde hacía tiempo.

CAPÍTULO 5

VALENTINA

—Si te pregunta Harrington por los márgenes de la línea premium, no menciones el rediseño de packaging hasta que yo haya introducido el contexto de costes. El año pasado intentó usar ese dato para negociar a la baja antes de que pudiéramos encuadrarlo.

Roman me miró de reojo mientras caminábamos hacia la entrada de la casa principal, donde se celebraba el evento.

—Lo sé. Estuve en esa reunión, no sé si te acuerdas…—me contestó él.

—Solo me aseguro.

—Valentina. Estuve en esa reunión. Fui yo quien cerró el trato.

—Y yo quien preparé los datos con los que lo cerraste.

Hizo una de sus pausas meditabundas.

—Cierto —dijo, y el reconocimiento fue tan limpio y sin fricción que casi perdí el paso.

La finca donde se celebraba la feria era una mansión de principios de siglo reconvertida en espacio para eventos, con jardines enormes que ese día estaban grises y húmedos pero conservaban cierta dignidad otoñal.

Dentro, el ambiente era el de siempre en estos foros: trajes caros, conversaciones calculadas, sonrisas que costaban dinero. El tipo de sitio donde todo el mundo está siendo encantador con todo el mundo y nadie se fía de nadie.

Me acomodé el cuello del vestido, cogí aire, y entré con Roman Prescott a mi lado como si fuera lo más natural del mundo.

Lo que siguió durante las próximas cinco horas fue, objetivamente, una anomalía.

Funcionó. Todo salió más o menos bien.

No de manera forzada, ni con esa tensión visible que a veces se filtra entre socios que no se soportan y que los inversores experimentados detectan a tres metros de distancia.

Él y yo funcionamos de verdad, con esa fluidez que se supone que requiere años de trabajo conjunto y confianza real.

Roman introducía un argumento y yo lo completaba sin que él tuviera que terminar la frase. Yo lanzaba un dato y él añadía el contexto exacto que necesitaba antes de que el interlocutor pudiera malinterpretarse. Cuando alguien hacía una pregunta difícil, nos mirábamos medio segundo y sabíamos cuál de los dos debía responderla.

Era desconcertante.

Era, en cierta medida, bastante peor que llevarnos mal, porque lo de llevarnos mal yo sabía gestionarlo.

A media mañana, durante una pausa entre presentaciones, Daniela me envió un mensaje. Dios, la echaba tanto de menos:

¿Cómo va?

Le respondí: *Bien. Raro. Bien.*

Ella mandó de vuelta un emoji de palomitas que no era de gran ayuda.

El momento crítico llegó después del almuerzo, en una de esas conversaciones de sobremesa que en apariencia son informales y en realidad son donde se toman las decisiones de verdad.

Estábamos con un grupo de cuatro inversores, uno de los cuales era Oleg Larsen, un danés con mucho dinero y la costumbre de hacer preguntas personales para evaluar la solidez de las asociaciones.

—Michaelis y Prescott —dijo, mirándonos alternativamente—. Cuéntenme cómo empezó esto. Las mejores empresas siempre tienen una historia detrás.

Abrí la boca para contestar.

Roman me ganó por medio segundo.

—El padre de Valentina me contrató cuando yo tenía dieciocho años —dijo, con una calma perfecta—. No tenía nada que ofrecer excepto ganas de trabajar, y él apostó por mí de todas formas. Veintidós años después me hizo su socio —hizo una pausa brevísima —. Y cuando Ettore falleció, Valentina y yo decidimos que la mejor manera de honrar lo que él construyó era seguir construyéndolo juntos. Aunque no siempre estemos de acuerdo en cómo hacerlo.

Larsen sonrió. Los otros tres asintieron como si acabasen de escuchar exactamente lo que querían escuchar.

Era una respuesta franca y directa. Yo, mientras tanto, tuve que hacer un esfuerzo consciente y medible para no tropezar con mis propios zapatos.

Porque todo lo que Roman había dicho era verdad. Cada palabra era verdad, y sin embargo las había ordenado de una manera que sonaba a historia de origen, a fundamento. A algo construido con intención. Como si todos estos meses de reuniones tensas y ofertas de compra y miradas afiladas fueran simplemente el método de dos personas que se toman en serio lo que hacen.

Larsen me miró a mí.

—¿Y usted, señorita Michaelis?

—Él ha contado la versión honesta —dije, recuperada—. Yo añadiría que trabajar con alguien que conocía a mi padre mejor que casi nadie tiene un valor que no aparece en ningún balance. Aunque a los dos a veces nos cueste admitirlo.

Roman no me miró. Pero algo en su postura cambió ligeramente, un ajuste mínimo que aprendí a leer en este año y medio de observarlo desde el otro lado de una mesa.

La tarde terminó bien. Mejor que bien. Salimos de la finca con dos reuniones de seguimiento confirmadas, un acuerdo preliminar con un fondo escandinavo, y la satisfacción silenciosa de dos personas que saben que han hecho bien su trabajo.

El coche nos llevó de vuelta a la cabaña por un camino lleno de charcos que la lluvia de la noche anterior había dejado como herencia. El cielo seguía nublado pero ya no amenazaba. Una especie de tregua atmosférica que en ese momento agradecí.

Entramos. La cabaña olía a madera y a las brasas frías de la chimenea de la noche anterior.

—Ha ido bien —dije, porque alguien tenía que decirlo.

—Yo diría que más que bien —confirmó Roman, sonriente.

—Lo de Larsen ha sido una buena improvisación.

—No era del todo improvisación.

Lo miré.

—Ya —dije, finalmente, sin saber muy bien qué hacer con eso.

Me quité los zapatos de tacón, aliviada, los dejé junto a la puerta, y me senté en el sofá. Roman fue a la cocina, llenó dos vasos de agua, me pasó uno, y se quedó de pie apoyado en el marco de la entrada al salón con esa postura suya que ocupaba el espacio con toda la naturalidad del mundo.

Estaba cansada. Pero era el cansancio bueno, el de haber rendido bien, mezclado con algo más difuso que prefería no clasificar.

—La historia que le has contado a Larsen —empecé.

—Era la verdad.

—Lo sé. Por eso me ha... —busqué la palabra—. Descuadrado un poco.

Roman me miró, atento.

—¿Por qué?

—Porque no estoy acostumbrada a que hables de él así —hice una pausa—. Ni de nosotros así.

Se hizo de nuevo el silencio.

Roman se apartó del marco y vino hacia el sofá. Creí que iba a sentarse en el sillón de enfrente, como la noche anterior, pero se detuvo de pie junto a mí y extendió la mano hacia mi cara con un movimiento tan tranquilo y directo que no me dio tiempo a reaccionar.

El roce fue mínimo. La yema de su pulgar en mi pómulo, un segundo, ni siquiera eso.

—Una pestaña —dijo.

La sostenía en la punta del dedo. Una pestaña mía, caída en mi mejilla sin que yo me hubiera dado cuenta.

Lo miré.

Él me miró.

Diez segundos. Los conté sin querer, como cuando de niña contaba los segundos entre el relámpago y el trueno para saber a qué distancia estaba la tormenta.

La tormenta, en este caso, estaba dentro de la habitación.

—Gracias —dije, con una voz bastante más serena de lo que me sentía.

Roman bajó la mano. Asintió una sola vez. Se fue hacia su habitación con toda la calma.

Yo me quedé en el sofá mirando el punto exacto donde había estado su mano, y decidí que era urgente e improrrogable llamar a Daniela para hablar de los acuerdos del evento y no pensar en absolutamente nada más.

Marqué su número.

Tardé cuatro intentos en acordarme de que en aquella dichosa cabaña apenas había cobertura.

CAPÍTULO 6

ROMAN

Me consideraba un hombre razonable. No en el sentido blando de la palabra, ni el de evitar conflictos. Razonable en el sentido real: era capaz de separar lo que sentía de lo que era conveniente, de tomar decisiones basadas en datos en lugar de impulsos. De reconocer cuándo una situación requería lógica y aplicarla sin que el ruido emocional interfiriera demasiado en el proceso.

Llevaba más de veinte años tomando decisiones razonables.

Había construido una carrera entera sobre esa base.

Por eso me costaba bastante aceptar que la razón por la que quería comprar la parte de Valentina Michaelis no tenía absolutamente nada de razonable.

La segunda noche del evento incluía una cena informal en los jardines de la casa principal, con braseros distribuidos entre las mesas para compensar el frío de octubre y suficiente vino blanco circulando como para que todo el mundo se sintiera un poco más humano.

Yo tenía dos conversaciones pendientes con contactos del sector escandinavo; la intención clara de cerrarlas antes de las diez y volver a la cabaña a prepararme para las reuniones del día siguiente.

Era un plan perfectamente razonable.

Lo que no estaba en el plan era quedarme parado junto a uno de aquellos braseros, con la copa en la mano y las conversaciones pendientes completamente olvidadas, mirando a Valentina al otro lado del jardín.

Estaba con un grupo de cuatro personas, dos mujeres y dos hombres, todos del sector textil según recordaba de los perfiles que había revisado esa mañana. Hablaba con esa energía específica que tenía cuando un tema le interesaba de verdad; las manos moviéndose levemente, la cabeza inclinada hacia el interlocutor con una atención que hacía sentir a la gente que lo que decían importaba. Era una habilidad que había heredado de Ettore y que probablemente ni siquiera sabía que tenía.

Se rio de algo que dijo uno de ellos.

No era la risa educada y calibrada que usaba en las reuniones formales. Era la otra, la que aparecía cuando bajaba la guardia, más libre y breve, con esa nota ligeramente ronca que tenía y que yo había escuchado tal vez tres veces en tres años.

Me di cuenta de que estaba contándolas.

Tres veces en un año y medio. Ese era un dato que no debería tener.

Aparté los ojos, miré mi copa, y tuve una conversación interna breve y poco satisfactoria conmigo mismo sobre la conveniencia de seguir donde estaba. Luego volví a mirar, porque aparentemente la conveniencia esa noche tenía menos autoridad de lo habitual.

El hombre a su derecha, al que recordaba vagamente como representante de un fondo de inversión con sede en Ámsterdam, dijo algo que hizo reír a todo el grupo. Valentina se inclinó levemente hacia él respondiendo algo, y él puso la mano en su brazo.

Un gesto breve. Social. El tipo de contacto que ocurre en estas reuniones constantemente y que no significa nada.

Pero Valentina no lo retiró.

Probablemente porque no significaba nada, y ella lo sabía y era una adulta completamente capaz de gestionar su propio espacio personal sin que nadie interviniera.

Dejé la copa en la mesa más cercana y crucé el jardín.

No lo decidí exactamente. O sí lo decidí, pero en un nivel por debajo del razonamiento consciente, en el mismo lugar donde se toman las decisiones que luego uno llama instinto para no tener que examinarlas.

—Michaelis —me coloqué a su lado con una naturalidad que practiqué mentalmente en los cuatro segundos que tardé en llegar —. Perdona la interrupción. —miré al grupo con la sonrisa de rigor—. Larsen quiere confirmar los detalles del preacuerdo antes de que terminemos esta noche. Te necesito cinco minutos.

Valentina me miró. En sus ojos había una pregunta muy específica que yo no estaba en condiciones de responder con honestidad.

—Ahora mismo —dijo, con una calma perfecta.

Se disculpó con el grupo, intercambió tarjetas con dos de ellos, y cuando nos alejamos lo suficiente como para no ser escuchados, me miró de lado con esa expresión suya de bisturí.

—¿Qué quiere Larsen exactamente?

—Larsen se ha ido hace veinte minutos —dije.

Se hizo el silencio.

—Roman...

—Era solo una excusa.

—Ya sé que era una excusa. Mi pregunta es por qué.

—Instinto de socio —respondí, mirando al frente.

El silencio que siguió tenía una textura muy particular. No era el silencio de alguien que acepta una explicación, sino el de alguien que la está examinando bajo una luz muy poco favorable.

—Instinto de socio —repitió Valentina, con un tono que no era exactamente irónico pero que se le aproximaba bastante.

—Los acuerdos que cerramos hoy son preliminares. Cualquier percepción externa de la dinámica entre nosotros puede afectar la fase de negociación.

—Van Houten es representante de un fondo de inversión con veinte años de trayectoria y estaba hablando de la temporada de diseño en Milán.

—Aun así…

—Aun así —repitió, y esta vez sí había algo afilado en las dos palabras.

No continuó. Yo tampoco. Nos quedamos en un punto de la terraza algo alejado del grupo principal, con las luces de los braseros

llegando desde lejos y el frío de octubre haciendo su trabajo en serio.

Valentina cogió una copa de la bandeja de un camarero que pasaba, bebió un poco, y me miró con esa atención directa que tenía y que era uno de los rasgos más incómodos de su carácter, porque no dejaba mucho sitio donde esconderse.

—¿Cuánto tiempo llevas intentando comprarme la empresa? —me preguntó.

—Ocho meses exactamente.

—¿Y cuál es la razón real?

—Ya la conoces. Consolidar la toma de decisiones, eliminar los bloqueos estructurales que genera un reparto igualitario cuando los socios no están de acuerdo, garantizar una línea de dirección única que…

—Roman.

Me callé.

—Esa es la razón del documento que me enviaste a través de tu abogado —dijo—. Yo te pregunto la razón real.

El jardín seguía con su actividad alrededor. Conversaciones, risas, el sonido de copas. Yo me quedé mirando el punto medio entre su cara y el horizonte, que era un lugar geográficamente impreciso pero emocionalmente conveniente.

La razón real.

La razón real era que Ettore me había dejado el cuarenta y nueve por ciento de su empresa y a su hija el cincuenta y uno, y esa distribución asimétrica que él había diseñado con toda la intención del mundo me decía algo que yo llevaba años negándome a escuchar.

La razón real era que esas reuniones en las que Valentina entraba con su carpeta y su café y su determinación de no cederme ni un milímetro me resultaban cada vez más difícil de gestionar.

La razón real era que querer comprar su parte era la única manera que había encontrado de poner distancia entre los dos que tuviera alguna lógica de negocios detrás, porque la alternativa era admitir que el problema no era la empresa.

El problema era que llevaba tiempo mirándola de una manera que no tenía nada de razonable.

—Es lo mejor para la empresa —dije, finalmente.

Valentina me estudió un momento más. Luego asintió, despacio, con la expresión de alguien que ha decidido dejar un tema en el sitio donde está por razones propias.

—Vale. Pues yo voy a seguir con Van Houten —dijo—. Tiene contactos en Estocolmo que nos pueden interesar.

—Está bien.

—Y Roman —se giró levemente—. La próxima vez que quieras interrumpir una de mis conversaciones, necesitarás una excusa mejor.

Se alejó hacia el grupo con ese temple suyo que era en realidad una forma muy sofisticada de dejarme sin respuesta.

Me quedé donde estaba, con las manos en los bolsillos y el frío de octubre siendo lo único honesto de la situación.

Instinto de socio.

Era mentira, claro. Una mentira tan poco convincente que me sorprendía que ella no la hubiera desmantelado completamente ahí mismo, aunque quizás lo había hecho y simplemente había preferido no enseñarme los restos.

Volví a mi copa, notando como el vino empezaba a nublarme un poco la vista. La vacié despacio, buscando el punto del jardín donde Valentina había vuelto a reírse de algo, con esa risa que yo llevaba, al parecer, años contando sin darme cuenta.

Razonable.

Me reí solo, brevemente, pero allí no había ni rastro de humor.

Sí. Claro que sí.

CAPÍTULO 7

VALENTINA

Llegué a la cabaña antes que él. Necesitaba esos minutos. Los necesitaba para quitarme los zapatos, respirar sin que nadie me mirara, para ordenar el interior de mi cabeza que llevaba toda la noche en un estado de desorden que no era propio de mí.

Me serví agua en la cocina, me apoyé en la encimera, y tuve una conversación muy seria conmigo misma sobre la importancia de mantener las cosas en perspectiva.

Roman Prescott me había interrumpido una conversación perfectamente normal con una excusa transparente y había tenido la desfachatez de llamarlo *instinto de socio*.

Y yo, en lugar de desmontárselo completamente ahí mismo en la terraza, había dejado el tema correr.

Eso no era perspectiva sino cobardía táctica, y lo sabía.

Escuché la puerta abrirse cuando todavía estaba apoyada en la encimera con el vaso de agua a medio beber. Roman entró, me vio, y se detuvo un momento antes de continuar hacia la cocina con la naturalidad estudiada de quien ha decidido que todo está perfectamente bien.

Pues no. No *todo* estaba perfectamente bien.

—¿Agua? —pregunté.

—Sí, gracias.

Le pasé un vaso. Nuestros dedos no se rozaron. Observé que los dos tuvimos el cuidado específico de que no se rozaran, lo cual era en sí mismo una información bastante elocuente.

—Van Houten tiene una reunión con nosotros mañana a las once —dije—. Le he dicho que iremos los dos.

—Perfecto.

—Y Larsen, que según tú quería confirmar los detalles del preacuerdo esta noche, nos ha mandado un e-mail diciendo que mañana por la tarde está disponible. Sería la última reunión antes de volvernos a Manhattan.

Roman bebió agua y no dijo nada.

—Qué conveniente —añadí.

—Valentina…

—Solo lo menciono.

—Ya sé que solo lo mencionas —dejó el vaso en la encimera y me miró con esa expresión suya que no dejaba espacio para el rodeo—. ¿Qué quieres que te diga?

—Nada que no sea verdad.

—Todo lo que te he dicho esta noche era verdad.

—Instinto de socio, Roman —lo miré fijamente—. ¿En serio?

El silencio que siguió tenía una nueva identidad. No era el mismo de las reuniones, ni el de la noche anterior junto a la chimenea. Estaba más cargado.

—No —dijo, finalmente.

Una sola palabra. Sin adornos, sin la armadura habitual de los argumentos bien construidos.

—¿No qué? —pregunté, aunque creo que sabía perfectamente el qué.

—Que no era instinto de socio.

Me quedé muy quieta.

Roman apoyó las manos en la encimera, a ambos lados, y me miró con esa atención concentrada que tenía y que esa noche no tenía nada de profesional.

Había algo distinto en su cara, algo que reconocí porque llevaba días asomándose en los bordes de las conversaciones y detrás de los silencios y en el segundo exacto en que su pulgar había rozado mi pómulo para quitarme una pestaña que ninguno de los dos había mencionado después.

—Llevas meses intentando comprarme la empresa —dije, bajando la voz, supongo que como mecanismo de defensa.

—Lo sé.

—Somos socios. Y nos llevamos fatal.

—Supongo que es inútil negarlo…

—Y tú tenías dieciocho años cuando empezaste a trabajar con mi padre. Me viste crecer, Roman. Esto es—

—Sé perfectamente lo que es —su voz tenía algo que no le había escuchado antes, una aspereza que no era dureza sino lo contrario —. Y sé todo lo que debería estar diciéndome ahora mismo para no estar donde estoy. Me lo llevo diciendo desde que Ettore murió.

—¿Y?

—Y esta noche no funciona.

La cocina era pequeña. Ya lo era antes, pero en ese momento era específicamente pequeña, con el espacio entre los dos reducido a algo que ya no era neutral y que ninguno de los dos estaba haciendo nada por ampliar.

—Esto es mala idea —dije.

—Probablemente.

—Tenemos reuniones mañana.

—A las nueve y a las once, sí.

—Y la empresa…

—Valentina —mi nombre en su boca, sin apellido, con esa voz grave que había aprendido a reconocer aunque me hubiera negado a admitirlo—. Si quieres que me vaya al salón, o a cualquier otro sitio me voy. Solo dímelo.

No se lo dije.

No sé quién se movió primero. Creo que los dos, en el mismo instante, con la misma decisión simultánea de dejar de usar energía en resistir algo que llevaba días construyéndose en el aire entre nosotros. Su mano encontró mi cara, la misma mejilla donde antes había estado la pestaña, y yo cogí la solapa de su chaqueta sin pensar en por qué lo hacía.

El beso no fue tentativo. No fue la clase de bespara el que se pide permiso. Fue uno de los que llega cuando dos personas han estado ignorando algo durante demasiado tiempo y de repente dejan de hacerlo.

Era hambriento y completamente honesto, tras meses de desacuerdos, miradas afiladas y reuniones de dos horas convertidos

en algo completamente distinto.

Un beso que sabía a vino blanco y a una decisión sin retorno.

No podía creerme lo que estábamos haciendo. Con Roman, joder…

—Esto es una mala idea —murmuré contra su boca, aunque no me aparté ni un centímetro.

—Lo sé —respondió, y volvió a besarme como si esa confirmación no tuviera absolutamente ningún efecto práctico.

Su mano seguía en mi cara, firme, como si necesitara comprobar que estaba ahí de verdad. La mía había pasado de la solapa de su chaqueta a su cuello sin que me diera cuenta, notando bajo los dedos el pulso acelerado que no encajaba con la calma calculada que siempre proyectaba.

—Deberíamos parar —dije, sin ninguna convicción.

—Dímelo otra vez —susurró.

—Deberíamos parar.

No lo hicimos. Claro que no paramos

Su frente se apoyó un segundo en la mía, respirando cerca, como si necesitara ese mínimo espacio para pensar… o para decidir que no iba a hacerlo.

—Llevo semanas intentando no hacer esto —admitió en voz baja.

—Meses —corregí, porque ya no tenía sentido fingir precisión.

Sonrió.

—Meses —repitió—. Y tú tampoco lo has puesto fácil.

—Yo no he hecho nada.

—Exacto —dijo—. Ese ha sido el problema.

Sus dedos se perdieron debajo de mi falda. Y si digo la verdad, estaba tan intoxicada por su deseo que apenas recuerdo cómo sucedió. Solo recuerdo sus dedos, multiplicados por mil, recorriendo cada centímetro de mi piel, estimulándome.

Roman me llevó hasta la ventana y mientras yo contemplaba la noche me poseyó. Notaba sus dedos acariciándome y después su miembro, buscando mi entrada y encontrándola muy fácilmente.

Ni se me pasó por la cabeza resistirme, y de hecho arrinconé al fondo de mi mente a esa Valentina que podía tener alguna duda o que podría arrepentirse por la mañana.

Sentí cada una de sus embestidas mientras me sujetaba las caderas.

—Eres…mía. Mía, Valentina.

Por supuesto, claro que lo era. Y aquellas palabras, exactas y posesivas, fueron todo lo que necesitaba oír para llevar mi cuerpo al límite.

Los dos nos perdimos en un delicioso vaivén, buscando un orgasmo que no tardó en llegar. Cuando alcancé el clímax, grité, gemí con total abandono; sin preocuparme un ápice por lo que aquellos encorsetados hombres de negocio pudiesen escuchar desde el exterior.

Y a Roman tampoco le importó, porque él también se disolvió con su propio placer.

Como decía aquel primer encuentro entre nosotros fue casi como un sueño. Una nebulosa.

No recuerdo exactamente cómo se desató, como perdimos el control de esa manera.

Lo que sí puedo decir es lo que vino después.

La cabaña con su chimenea apagada y sus dos habitaciones separadas por una pared de cartón, que esa noche no tuvo ninguna función práctica.

La tormenta que había vuelto, más suave esta vez, como un murmullo constante que se precipitaba contra el tejado. La oscuridad era completa y cálida al mismo tiempo.

Roman Prescott, que en un año y medio no me había dado nunca la razón sin condiciones, que había intentado comprarme la empresa cuatro veces con cuatro argumentos distintos, que sabía cuál era mi silla favorita en la sala de reuniones y lo usaba en mi contra, resultó ser la clase de hombre que dice tu nombre como si fuera la única palabra que importa en ese momento.

Solo eso ya era información suficiente para asustarme completamente.

Me desperté antes que él.

La habitación estaba en esa oscuridad densa de las cinco de la mañana, con la lluvia ya convertida en una llovizna suave y el frío

colándose por algún sitio que no habíamos sellado bien.

Roman dormía a mi lado tranquilo. La línea de su mandíbula, el perfil que de día encontraba irritantemente perfecto, tenía algo diferente en la penumbra.

Lo miré, estudiando cada recoveco de su piel.

Luego miré el techo.

Y tuve, en ese silencio de las cinco de la mañana con la llovizna en el tejado, la conversación más honesta que había tenido conmigo misma en mucho tiempo.

Me había metido en un buen lío.

No del tipo administrativo ni del tipo empresarial ni del tipo que se resuelve con una carpeta y datos bien ordenados. Más bien el tipo de problema que no tiene cláusula de salida, que no aparece en ningún contrato, que mi padre no había tenido la precaución de incluir en el testamento junto con el cincuenta y uno por ciento de la empresa.

Roman se movió un poco. Su brazo, que había estado en algún punto de la geometría de los dos, se acomodó de una manera que terminó con su mano en mi costado, un peso tranquilo y completamente inconsciente.

No me moví.

Me quedé exactamente donde estaba, mirando el techo de la cabaña, escuchando la lluvia, y dejé que el problema tuviera el tamaño real que tenía sin intentar reducirlo todavía.

Mañana, me dije.

Mañana lo reduciría.

Esa noche lo dejé estar, durmiendo con nosotros, en la misma cama. Latente.

CAPÍTULO 8

ROMAN

El miércoles por la mañana miré el teléfono cuatro veces antes de levantarme de la cama.

No era uno de mis hábitos. Nunca había sido el tipo de hombre que espera mensajes con esa ansiedad pasiva de quien no se atreve a escribir primero pero tampoco puede dejar de comprobar si algo ha llegado. Era una conducta que en otras personas encontraba, si no patética, sí al menos ineficiente. El tiempo que se invierte en esperar es tiempo que podría emplearse en hacer.

Aun así. Cuatro veces.

Nada.

Me duché, me vestí, desayuné de pie en la cocina con el café y el periódico como cualquier otro miércoles, y me dije que era perfectamente normal que Valentina no hubiera escrito.

Habíamos vuelto a la ciudad por separado —Daniela había aparecido el último día de feria con un coche y se la llevó con una eficiencia de extracción táctica sospechosamente oportuna— y no había ninguna razón concreta por la que debiera existir comunicación entre nosotros fuera de los canales habituales.

Ninguna razón concreta excepto que tres días antes habíamos pasado la noche juntos en una cabaña con chimenea y pared de cartón, y que yo había pronunciado su nombre de una manera que no tenía nada de profesional. Ah, y que los dos habíamos gemido como locos, entregándonos el uno al otro.

Pero aparte de eso. Ninguna razón concreta.

Marcus entró a las nueve con el orden del día y la expresión de siempre, que era la expresión de alguien que ha aprendido a no hacer preguntas que no le corresponden.

—Reunión de socios a las once —dijo.

—Lo sé.

—¿Algo especial que deba preparar?

Lo miré.

—El orden del día habitual —dije.

Marcus asintió y desapareció.

Pasé las dos horas siguientes trabajando con una concentración que era real al ochenta por ciento y performativa al veinte, revisando los preacuerdos de los Hamptons y preparando la posición para la reunión.

Era trabajo real, importante, tareas que requerían atención y que me habían ocupado la mayor parte de mi vida adulta con una satisfacción que siempre había encontrado suficiente.

Esa mañana me resultaba levemente insuficiente.

Valentina llegó a nuestra reunión las once en punto.

Traje gris oscuro, perfectamente cortado. Pelo recogido. La carpeta bajo el brazo y el café en la mano, como siempre. La postura de quien lleva toda la vida entrando en salas donde tiene que demostrar algo.

Me miró cuando entró.

—Prescott.

—Michaelis.

Se sentó. Abrió la carpeta. Colocó los documentos con esa precisión ordenada que tenía. Y en ningún momento de ese proceso hubo en su cara nada que no hubiera estado ahí cualquier otro miércoles de los últimos tres años.

Nada.

Mirada de acero, postura impecable, y la misma distancia profesional calibrada con la que había entrado en esta sala la primera vez que nos reunimos después de la muerte de Ettore.

Yo la observé durante el tiempo que tardé en entender lo que estaba haciendo, que fueron aproximadamente tres segundos.

Estaba muy claro. En su mundo, lo de Los Hamptons no había ocurrido.

O había ocurrido pero había sido reclasificado en alguna categoría a la que yo no tenía acceso, archivado bajo el epígrafe de *error circunstancial* o *anomalía climática,* o cualquier otra etiqueta que le permitiera sentarse frente a mí con esa cara y ese traje como si la noche del sábado fuera algo que le había pasado a otra persona.

Algo en mi pecho se cerró con un clic que yo mismo pude escuchar.

—Empezamos —dije.

La reunión duró noventa minutos y fue, en términos objetivos, completamente normal.

Discutimos los resultados de los Hamptons, que eran buenos. Revisamos los preacuerdos, que eran sólidos. Debatimos los siguientes pasos con la distribución y con la línea creativa, y llegamos al mismo empate de siempre con la misma eficiencia de siempre.

En ningún momento ella bajó la guardia un milímetro.

En ningún momento hizo referencia a nada que no estuviera en el orden del día..

Y cuando yo, en un momento del que no estoy especialmente orgulloso, dije su nombre en mitad de una frase con ese medio segundo de pausa que no era intencional sino completamente involuntario, ella respondió sin pestañear con un dato sobre los márgenes del segundo trimestre.

—Los acuerdos con el fondo escandinavo necesitan revisión legal antes del viernes —dije, al final.

—Daniela lo coordina con tu equipo esta tarde.

—Perfecto.

—¿Algo más?

Te pregunté si querías agua el domingo por la mañana y me dijiste que sí con los ojos cerrados todavía. Eso quería decirle. En cambio dije:

—No. Por mi parte nada más.

Valentina recogió sus documentos, los ordenó, cerró la carpeta. Se levantó con esa elegancia práctica que tenía y que no era estudiada sino simplemente suya.

—Entonces hasta la semana que viene —dijo.

Y salió del despacho.

Me quedé en la silla durante aproximadamente un minuto, mirando el punto de la mesa donde había estado su carpeta, y tuve una conversación interna que fue breve y bastante poco satisfactoria.

Luego me levanté y llamé a Marcus.

—Necesito que llames a Fontaine —dije, cuando entró.

Marc Fontaine era mi abogado. Llevaba doce años gestionando los asuntos legales de la empresa y los míos personales con una discreción y una competencia que justificaban ampliamente lo que le pagaba.

Marcus no cambió la expresión.

—¿Para qué asunto?

—La oferta de compra de la participación de Michaelis. —me giré hacia la ventana—. Reactívala. Actualiza las cifras con los resultados del tercer trimestre y añade un quince por ciento sobre la última valoración.

Silencio de dos segundos.

—La última oferta fue hace solo cuatro meses —dijo Marcus, con cuidado.

—Lo sé.

—¿Ha habido algún cambio en la situación que...?

—Hazlo.

—Llamo a Fontaine —dijo, y salió.

Me quedé en la ventana con las manos en los bolsillos y la ciudad once pisos más abajo, siguiendo su ritmo infernal con total indiferencia por lo que estaba ocurriendo en mi despacho.

Era la decisión correcta. Me lo dije con la misma claridad con la que tomaba las otras decisiones: despacio, sin emoción y evaluando los datos disponibles.

Valentina había decidido que lo de los Hamptons no había ocurrido. Bien. Perfecto. Era su derecho absoluto y probablemente la

opción más inteligente considerando todo lo que había entre nosotros, todo lo que habría que gestionar, toda la complejidad de una situación que no tenía una solución limpia.

Ella quería distancia.

Muy bien. Pues yo le iba a dar un abismo.

Una empresa no podía funcionar indefinidamente con dos socios en un empate permanente y una tensión que ahora tenía una capa adicional de la que ninguno de los dos iba a hablar en una sala de reuniones.

La oferta era generosa, justa, calculada con precisión. Era lo correcto para la empresa.

Eso fue lo que me dije.

Lo que no me dije, porque había ciertos niveles de honestidad que esa tarde no estaba dispuesto a alcanzar, era que la oferta también era la única manera que tenía de no sentarme frente a ella cada miércoles mirando si en algún momento aparecía en su cara algo que no fuera acero.

Porque si aparecía, no sabía qué haría con eso.

Y si no aparecía nunca, tampoco.

Marcus llamó a Fontaine, siguiendo mis instrucciones.

Y yo me quedé al lado de la ventana hasta que oscureció.

CAPÍTULO 9

VALENTINA

El sobre llegó un jueves por la mañana, con el membrete del bufete *Fontaine & Asociados* en la esquina superior izquierda y mi nombre escrito en la etiqueta con la precisión anónima de una impresora láser.

Daniela lo dejó sobre mi escritorio junto al café de las nueve, entre el informe de producción y una nota de mi contable, como si fuera un documento más, a pesar del peso específico que tenía. Un horrible peso emocional.

—El correo de esta mañana —dijo Daniela, con su eficiencia habitual—. ¿Empezamos con las llamadas pendientes o prefieres revisar primero?

—Dame diez minutos.

Ella salió y yo miré el sobre.

El logotipo de Fontaine significaba una sola cosa en mi vida.

Roman solo usaba ese bufete para un asunto concreto y recurrente, con una puntualidad que en los últimos dieciocho años había llegado a anticipar, entre irritada y resignada. Cada cuatro meses, más o menos, el sobre aparecía. Yo lo leía, lo rechazaba, y seguíamos adelante.

Esta vez llegaba a menos de cuatro meses desde el anterior.

Lo abrí y lo leí en diagonal.

Las cifras eran distintas. Más altas, considerablemente más altas, actualizadas con los resultados del tercer trimestre y con un incremento adicional que mi cabeza calculó a toda velocidad.

Era una oferta generosa. Objetivamente generosa, el tipo de oferta que un abogado externo, sin contexto ninguno, calificaría de

razonable y ventajosa para la parte vendedora.

Lo leí una segunda vez.

Y una tercera.

En la tercera lectura dejé de ver las cifras y empecé a ver lo que era en realidad: una firma. Una firma de Roman al pie de una instrucción a su abogado que decía, con toda la frialdad de la terminología legal, que quería que yo desapareciera. De la empresa que creó mi padre. Del consejo. Del edificio. De su vida entera, ordenada y archivada con la misma precisión con la que él hacía todo lo demás.

Un abismo.

Eso era lo que me estaba ofreciendo.

Dejé el papel sobre el escritorio y me quedé mirándolo durante un momento que no supe medir.

La rabia llegó después. No inmediatamente, sino con esa cadencia lenta y segura de las cosas que primero duelen y luego encienden. Y era una rabia proporcional, eso era lo que más me molestaba, proporcional exactamente al tamaño de lo que yo había creído que estaba creciendo entre nosotros en esa cabaña. En esa chimenea. En esa pared de cartón que no había servido de nada.

Lo que me enfurecía no era la oferta. La oferta era solo un documento legal.

Lo que me mosqueaba era que yo había pasado cuatro días de vuelta en la ciudad esforzándome activamente, con una disciplina que me había costado un mundo, en hacer lo correcto.

En tratar la situación con la madurez que requería. En entrar en esa sala de reuniones el miércoles con la espalda recta y la carpeta en orden y actuar como la persona adulta y seria que era, porque lo que había ocurrido en los Hamptons había sido un error y los errores se gestionan, no se alimentan.

No había esperado que él me convocara a una reunión normal al día siguiente, como si nada.

Pero tampoco había esperado esto.

Hubiera esperado, y me costaba reconocerlo incluso en la privacidad de mi propio pensamiento, algo más personal. Un mensaje. Una llamada. Algo que dijera que lo que había pasado

entre nosotros era real aunque fuera un error, que había sido dos personas tomando una decisión simultánea y no un accidente meteorológico que le había ocurrido a uno solo de los dos.

Pero Roman Prescott no mandaba mensajes. Roman Prescott mandaba sobres con membrete de abogado.

Llamé de nuevo a Daniela.

Entró con su libreta y su expresión de siempre, lista para lo que fuera.

—Siéntate, por favor —dije.

Levantó una ceja. Era una petición que yo usaba raramente, generalmente reservada para las conversaciones que requerían que alguien dejara de moverse.

Se sentó y le pasé el sobre. Ella leyó la carta. Vi el momento exacto en que procesó las cifras porque sus ojos se detuvieron y luego continuaron con más lentitud.

—Es una nueva oferta de compra —dijo.

—Sí.

—Y esta vez es... bastante generosa.

—Eso parece.

—¿Cuándo ha llegado?

—Esta mañana, estaba entre el correo que me has pasado —cogí mi café, que ya estaba casi frío, y bebí un poco porque necesitaba hacer algo con las manos—. Es la quinta en año y medio. Y esta es la cifra más alta. Es agotador…

Daniela dejó el papel sobre el escritorio con cuidado.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo que he hecho las otras veces. Rechazarla.

—¿Quieres que coordine con tu abogado para redactar la respuesta formal?

—Sí. Dile a Serrano que la rechace por escrito con copia al bufete de Fontaine. Mismo procedimiento que siempre.

Daniela anotó algo en su libreta. Luego me miró con esa expresión suya que usaba cuando quería preguntar algo y estaba evaluando si era el momento adecuado.

—¿Ha pasado algo en los Hamptons, Val? —preguntó.

Me quedé muy quieta.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque volviste diferente —lo dijo con la sencillez de quien lleva años observando a alguien de cerca—. Y porque esta oferta llega antes de lo habitual y con un incremento que no responde a ningún cambio significativo en la valoración de la empresa desde la última vez.

Daniela era la persona más inteligente de mi entorno inmediato y había cometido el error de acostumbrarme a ello.

Respiré hondo.

—En los Hamptons trabajamos y nos reunimos con inversores —dije—. Los resultados están en el informe que ya tienes.

—Ya —volvió a mirar su libreta—. ¿Y nada más?

—Nada más relevante para la empresa.

Era una respuesta técnicamente precisa. Daniela lo sabía y yo lo sabía y ninguna de las dos dijo nada al respecto durante un momento.

—De acuerdo —dijo, finalmente, con el tono de quien archiva una conversación sin cerrarla del todo—. ¿Algo más?

—Sí —giré el papel de la oferta boca abajo sobre el escritorio porque necesitaba que dejara de mirarme—. Busca en el archivo el contrato original de asociación. El de 2002, el que firmaron mi padre y Prescott. Quiero releer la cláusula de valoración de participaciones.

Daniela asintió y salió.

Me quedé sola.

La oficina tenía, en una de las estanterías detrás de mi mesa, una foto enmarcada que había traído del despacho de mi padre cuando lo vaciamos. Era una foto pequeña, tomada con la cámara analógica que él siempre tuvo encima, en blanco y negro por elección estética y no por necesidad.

Mi padre y Roman, los dos jóvenes, firmando algo sobre una mesa que reconocí como la del antiguo taller. Roman tendría unos veintidós años en esa foto. Mi padre, cuarenta y tantos. Los dos miraban la cámara con esa expresión de las personas que acaban de hacer algo que saben que importa.

La miré.

Mi padre había sido el hombre más inteligente que conocí y también el más intencionado. Cada decisión que tomó en su vida tenía capas. El cincuenta y uno por ciento que me había dejado a mí no era descuido ni inercia. Era un mensaje que llevaba tiempo leyendo en la dirección equivocada.

Pero lo que había ocurrido en esa cabaña, eso, mi padre no lo habría aprobado.

No porque no quisiera a Roman. Lo quería, probablemente más que a nadie fuera de la familia. Sino porque mi padre creía en las cosas construidas despacio, con cimientos, con la solidez de lo que se decide en plena conciencia y no al calor de una chimenea, dos copas de vino y una tormenta que te dejaba atrapada.

Papá habría dicho: *Valentina, las prisas son para los que no confían en lo que tienen.*

Y tenía razón.

Aunque en este momento concreto, con el sobre boca abajo en mi escritorio y la rabia todavía en algún sitio del pecho, me costaba bastante encontrarle la utilidad práctica a esa sabiduría.

Cogí el papel, lo doblé, lo guardé en el cajón de abajo.

Firme. Tenía que mantenerme firme. Aunque la firmeza, descubrí esa mañana, tenía el inconveniente de pesar bastante más cuando una la carga sola.

CAPÍTULO 10

ROMAN

Encontré la carta el viernes por la tarde, cuando ya no quedaba nadie en el edificio excepto yo y la señora que limpiaba los despachos del ático los viernes por la noche con una puntualidad que yo respetaba marchándome antes de las ocho.

Eran las siete y cuarto cuando abrí la carpeta.

Llevaba tres horas revisando el archivo histórico de la empresa, una tarea que había postergado durante meses y que la perspectiva de la fusión con el fondo escandinavo hacía ya imposible seguir ignorando.

Era trabajo de fondo, meticuloso y poco glamuroso: contratos originales, actas de reuniones antiguas, correspondencia formal de los primeros años. El tipo de documentación que cuenta la historia real de una empresa, sin los filtros de las presentaciones ni el lenguaje optimista de los informes anuales.

Ettore había sido un hombre ordenado. Sus archivos eran cronológicos, etiquetados a mano con esa letra grande y clara que tenía, organizados en carpetas de cartón que olían al tiempo que llevaban guardadas. Yo conocía la mayoría de esos documentos. Había estado presente en la firma de buena parte de ellos.

La carpeta que abrí estaba etiquetada como *Testamento y disposiciones — 2021*, y la abrí buscando una copia del contrato de valoración de participaciones que necesitaba para comparar con la versión actual.

El contrato estaba ahí.

Y debajo, en un sobre blanco sin membrete, con mi nombre escrito a mano, había algo que no estaba buscando.

Para Roman. Personal.

Me quedé mirando el sobre durante un momento. La letra era de Ettore, sin ninguna duda. Era la misma que había visto en miles de notas, en márgenes de documentos, en la tarjeta de felicitación que me mandó cuando cumplí cuarenta años con un mensaje de tres líneas que guardé sin saber exactamente por qué.

Lo abrí.

Eran dos páginas escritas a mano, con fecha de seis meses antes de su muerte. La letra era algo más irregular de lo que recordaba, el esfuerzo visible en algunos trazos, pero la voz era completamente suya.

Roman:

Si estás leyendo esto es porque yo ya no estoy y porque alguien, probablemente mi abogado o el azar, ha puesto esta carta donde pudieras encontrarla. He dudado mucho sobre si escribirla. No soy hombre de cartas largas, como sabes. Pero hay cosas que no quiero que queden sin decir.

Te he dejado el cuarenta y nueve por ciento de lo que hemos construido juntos. No es un descuido ni una falta de confianza. Es exactamente lo que parece: la mitad de mi vida profesional, en manos de la persona que más confío para cuidarla. Pero le dejo el cincuenta y uno a Valentina, y quiero que entiendas por qué.

No es solo porque sea mi hija. Es porque la he visto trabajar, Roman. La he visto pensar. La he visto equivocarse y corregirse y volver a intentarlo con una honestidad que yo a su edad no tenía. Ella sabe lo que esta empresa significa porque lo aprendió desde dentro, desde pequeña, con las manos en los tejidos y los ojos abiertos. Michaelis es suya en un sentido que va más allá de cualquier porcentaje.

Lo que necesita de ti no es que la dirijas. Es que estés a su lado mientras ella dirige. Eso es lo que siempre necesitó de mí, aunque le costara años admitirlo.

Sé que os vais a llevar mal al principio. Os conozco a los dos. Sois demasiado parecidos en lo que importa y suficientemente distintos en todo lo demás como para que las reuniones que tenéis por delante sean una batalla. Eso no me preocupa. Lo que me preocuparía es que uno de los dos se rindiera.

Valentina debe estar al mando hasta que ella quiera otra cosa.

Esa decisión tiene que ser suya, Roman, completamente suya. Si alguna vez decides hacerle una oferta de compra, quiero que te hagas primero una pregunta: ¿lo haces porque es lo mejor para ella, o porque es lo más fácil para ti?

Cuida la empresa. Cuídala a ella, aunque no te lo pida y aunque no lo sepa.

Y Roman: sé que te enseñé a no necesitar nada. Fue lo mejor y lo peor que pude darte. Permítete necesitar algo, de vez en cuando. No te va a romper.

Ettore.

Dejé las dos páginas sobre la mesa y miré el techo.

El despacho estaba completamente en silencio excepto por el sonido lejano de la aspiradora de la señora que limpiaba los viernes, dos plantas más abajo.

¿Lo haces porque es lo mejor para ella, o porque es lo más fácil para ti?

Ettore Michaelis llevaba casi dos años muerto y seguía haciendo las preguntas exactas en el momento exacto. Era un talento que había tenido en vida y que, al parecer, había tenido la precaución de dejar por escrito antes de marcharse.

Me levanté y me acerqué a la ventana. Volví a la mesa a los pocos segundos.

Leí la carta una segunda vez, más despacio, con el cuidado de quien sabe que cada palabra ha sido elegida.

Valentina debe estar al mando hasta que ella quiera otra cosa.

Cinco ofertas de compra en año y medio. Cada una más alta que la anterior, cada una redactada con el lenguaje preciso y frío de los documentos legales, cada una llegando puntualmente a su escritorio

como un recordatorio de que yo seguía considerando su parte de la empresa algo que podía comprarse si la cifra era suficientemente convincente.

Y la última. La que había mandado hacía apenas dos días, con el incremento del quince por ciento, reactivada por mi orgullo herido y no por ninguna razón que tuviera que ver con la empresa.

¿Lo haces porque es lo mejor para ella, o porque es lo más fácil para ti?

Lo más fácil. Había sido exactamente eso desde el principio. Comprar su parte era la solución limpia, la que eliminaba la complejidad, la que convertía el problema en un número y el número en una transferencia y la transferencia en distancia.

Era la solución de un hombre que había aprendido de niño que las cosas se resuelven solas o no se resuelven, y que en cualquier caso el método más seguro es no depender de nada que pueda quitarte alguien.

Te enseñé a no necesitar nada. Fue lo mejor y lo peor que pude darte.

Cogí el teléfono y llamé a Fontaine.

—La oferta de compra de la participación Michaelis —dije, cuando respondió—. Retírala.

Silencio breve al otro lado.

—¿Completamente?

—Completamente. Esta noche, si es posible. Que llegue a la señorita Michaelis mañana por la mañana a primera hora.

—De acuerdo. ¿Instrucciones adicionales?

—No. Ninguna.

Colgué.

Busqué el contacto de Valentina en el teléfono. *V*, como siempre, ese nombre de una sola letra que ahora me parecía la forma más honesta de lo que había estado haciendo durante tres años: reducirla a algo manejable, a algo que cabía en un carácter, en una inicial, en una carpeta de archivo.

Llamé.

Cuatro tonos. Buzón de voz.

Su voz en el mensaje grabado, breve y directa: *Valentina Michaelis. Deja un mensaje.*

Colgué sin dejar ninguno.

Volví a intentarlo veinte minutos después. Buzón de voz otra vez.

Me quedé sentado en el despacho vacío con la carta de Ettore en la mesa y el teléfono en la mano, mirando la oscuridad de la ciudad al otro lado del cristal, y tuve la conversación más incómoda de mi vida adulta conmigo mismo.

Había construido un muro. Lo había construido bien, con los materiales adecuados, con la arquitectura de alguien que sabe exactamente lo que está haciendo porque lleva toda la vida levantando estructuras de ese tipo. Distancia profesional. Ofertas de compra. Reuniones con orden del día y sin margen para nada que no estuviera en el documento. Y cuando los Hamptons habían derribado una parte de ese muro, cuando había ocurrido algo real y sin posibilidad de archivo, yo había respondido mandando a mi abogado.

El problema de construir muros perfectos, entendí esa noche, es que cuando finalmente quieres romperlos desde adentro no encuentras la puerta.

Porque tú mismo te encargaste de no ponerla.

Intenté llamar una tercera vez antes de medianoche.

Buzón de voz.

Guardé la carta de Ettore en el bolsillo interior de la chaqueta, apagué las luces del despacho, y salí a la calle donde el frío de octubre esperaba con la indiferencia habitual de las cosas que no saben ni les importa lo que acaba de ocurrir dos plantas más arriba.

Caminé durante una hora sin dirección concreta.

Y por primera vez en mucho tiempo, no busqué la solución más eficiente.

Solo caminé.

CAPÍTULO 11

VALENTINA

Llevaba tres días sin dormir bien. No es que me quedase mirando el techo con los ojos muy abiertos. Era el otro tipo de insomnio, el peor, el de quien se duerme sin problema y se despierta a las cuatro de la mañana con la certeza de que algo está sin resolver y con la cabeza ya en marcha antes de poder evitarlo.

Esa noche había intentado leer. Había intentado trabajar. Había calentado leche en el microondas sabiendo que no iba a funcionar pero lo hice de todas formas porque no podía estar en la cama.

Eran las once menos cuarto cuando sonó el timbre.

Me quedé quieta en la cocina con la taza en la mano.

Nadie llama a mi puerta a las once de la noche sin avisar. Daniela siempre escribe antes. Mi vecina, Peyton, estaba ese fin de semana fuera de la ciudad. No esperaba a nadie.

El timbre sonó una segunda vez. Si sonaba era porque Charles, el portero del edificio, lo conocía y le había permitido entrar sin anunciarlo.

Dejé la taza, crucé el salón, y me acerqué a la mirilla.

Roman estaba en el umbral. Abrí la puerta, antes incluso de pensar en qué le podía decir.

Tenía el pelo mojado, pegado a la frente de la misma manera que aquella noche en la cabaña cuando había vuelto de intentar arrancar el generador bajo la lluvia.

La chaqueta oscura tenía las hombreras húmedas. Llevaba en la mano derecha algo que tardé un segundo en identificar: dos páginas de papel dobladas, escritas a mano, con una letra que reconocí

antes de poder leerla porque la había visto toda mi vida en notas y márgenes y tarjetas de cumpleaños.

La letra de mi padre.

No dije nada.

—Encontré esto en los archivos —dijo, finalmente, con una voz que tenía algo diferente. Algo sin la armadura habitual—. Va dirigida a mí, pero en realidad creo que es tuya. Debería habértela dado antes, pero no la conocía. Estaba en la carpeta del testamento.

Cogí aquellas páginas.

Vi las palabras escritas en el sobre. *Para Roman. Personal*, y luego la fecha, y la letra de mi padre llenando dos páginas con esa caligrafía grande y directa que tenía.

—Ya la he leído —dijo Roman—. Dos veces. Puedes leerla ahora si quieres o puedes leerla después. Pero necesitaba traértela en persona.

Levanté los ojos de las páginas.

—¿Por qué en persona?

No contestó.

Abrí la puerta del todo.

—Entra —dije.

Se quedó de pie en el salón mientras yo leía.

No se sentó ni hizo ninguna de las cosas que hacen las personas que no saben qué hacer con su propio cuerpo cuando esperan algo importante. Se quedó simplemente quieto, con las manos en los bolsillos, dejándome leer sin interrumpir.

Leí la carta de mi padre.

La leí entera, despacio, con esa sensación extraña y familiar de escuchar su voz en las palabras escritas. Era él completamente, cada frase, cada elección, la ironía suave de *os conozco a los dos* y la honestidad sin adornos de lo que vendría después.

Valentina debe estar al mando hasta que ella quiera otra cosa. Esa decisión tiene que ser suya, Roman, completamente suya.

Cuídala a ella, aunque no te lo pida y aunque no lo sepa.

Llegué al final. Lo leí una vez más, la última parte, y tuve que respirar despacio antes de doblar las páginas.

—Te escribió una carta —dije.

—Sí.

—A ti. Yo…no he tenido ninguna nota suya.

—Lo sé —hizo una pausa—. Creo que a ti te dejó el cincuenta y uno por ciento. Era su manera de decirte lo mismo sin necesitar el papel.

Me quedé mirando las páginas dobladas en mi mano. Mi padre, que había muerto con demasiadas cosas sin terminar y sin embargo había tenido la precaución de escribir esto, de dejarlo donde pudiera encontrarse, de confiar en que el momento llegaría aunque él no estuviera para verlo.

—Retiré la oferta esta tarde —dijo Roman.

—Lo sé. Fontaine llamó a Serrano esta mañana.

—Jamás debería haberlo intentado —lo dijo sin dramatismo, con la misma claridad con la que leía un balance—. Nunca quise tu parte de la empresa, Valentina. Nunca se trató de eso.

—¿Qué pretendías entonces?

Se quedó callado un momento. Y Roman Prescott, que había construido una carrera entera sobre la precisión del lenguaje y la capacidad de decir exactamente lo que quería decir sin una palabra de más, tardó en responder.

—Distancia —dijo, finalmente—. Era la única que tenía sentido sobre el papel.

—Sobre el papel.

—Sobre el papel, sí —hizo una pausa—. El problema es que llevo tiempo sin poder quedarme en el papel.

—Te refieres a…¿poner distancia entre nosotros?

El salón estaba en silencio. Fuera seguía lloviendo, una lluvia suave y continua que golpeaba las ventanas con esa constancia que tenía esta semana, como si el tiempo hubiera decidido ser temáticamente coherente con todo lo que estaba ocurriendo.

—Yo también construí muros —dije, porque era verdad y porque me parecía importante decirlo—. Lo que pasó en los Hamptons me asustó. Me aterrorizó.

—Lo sé.

—No esperaba que fuera tan…

—No —dijo él, y en esa sola palabra había algo que era reconocimiento completo, sin matices.

—Me esforcé mucho en la reunión del miércoles —admití—. En parecer normal.

—Lo parecías, créeme.

—Lo sé. Por eso fue tan agotador.

Algo atravesó su cara. No era exactamente una sonrisa pero tenía algo de eso, esa calidez que le aparecía raramente y que cuando aparecía cambiaba completamente la geometría de su expresión.

—Pensé que había sido solo yo —dijo.

—No.

—¿Cuánto tiempo llevas...?

—No lo sé exactamente —fui honesta porque ya no quedaba energía para no serlo—. Tiempo. Más del que quería reconocer. Tú eras muy fácil de odiar cuando lo necesitaba.

—Tú también.

—Lo sé —Una pausa—. Somos un desastre.

—Somos un desastre muy bien documentado —dijo—. Actas de reuniones, correos, cinco ofertas de compra. Hay un archivo entero.

Me reí. Fue un reflejo, completamente involuntario, esa risa corta y libre que aparece cuando algo alivia una presión que llevaba demasiado tiempo acumulándose. Roman me miró cuando me reí, con esa atención que tenía y que esa noche no tenía nada de profesional.

—Roman —su nombre otra vez en mi boca, sin apellidos—. ¿Qué quieres exactamente?

Dio un paso hacia mí.

—Lo que pensabas que era imposible —dijo—. Lo que yo también pensaba que era imposible. Que resulta que no lo es, si uno deja de gastar energía en convencerse de que lo es.

—Eso es mucho más complicado que comprar una participación empresarial.

—Infinitamente más complicado —dio otro paso—. También es infinitamente más lo otro.

—¿Lo otro?

—Necesario —dijo—. La palabra que llevo semanas sin querer usar.

Me quedé muy quieta.

Necesario. Roman Prescott, que había aprendido de niño a no necesitar nada, usando esa palabra con esa voz y esa cara y el pelo todavía húmedo de la lluvia, de pie en mi salón con la carta de mi padre como única credencial.

Sentí que algo que había llevado apretado en el pecho desde los Hamptons, desde antes de los Hamptons, desde mucho antes de lo que quería admitir, cedía de golpe con una sensación que era al mismo tiempo alivio y vértigo.

—Mi padre te quería mucho —dije, y la voz me salió con menos firmeza de la que pretendía.

—Lo sé. Yo a él también.

—Habría estado muy satisfecho de sí mismo ahora mismo.

—Completamente insufrible —confirmó Roman, y esa vez sí era una sonrisa, entera, sin reservas, la que le cambiaba la cara y que yo había contado tres veces en tres años sin saber que lo estaba haciendo.

Crucé el espacio que quedaba entre los dos.

Él levantó la mano y me tocó la cara de la misma manera que en la cabaña, con la misma delicadeza precisa, pero esta vez no había ninguna pestaña como excusa. Solo su palma en mi mejilla y su mirada que no tenía ningún sitio donde esconderse.

—Valentina —dijo, solo eso, mi nombre completo con esa voz grave que había aprendido a reconocer aunque me hubiera negado durante tanto tiempo a admitir lo que me hacía.

—Lo sé —respondí.

Y cuando nos besamos, esta vez sin tormenta que lo justificara y sin vino que lo explicara y sin la oscuridad de una cabaña para que ninguno de los dos tuviera que ver la cara del otro después, supe que era verdad lo que había dicho.

Había heredado mucho más de mi padre de lo que creía.

Incluida la capacidad de reconocer, cuando algo era exactamente lo que debía ser, aunque llegara tarde y mojado y con una carta en la mano.

Noté el sabor de las lágrimas, no supe de cuál de los dos, y no me importó en absoluto.

Mi padre habría dicho: *Las prisas son para los que no confían en lo que tienen.*

Nosotros habíamos tardado casi dos años.

Pero por fin habíamos llegado.

EPÍLOGO

VALENTINA

Tres años después…

Londres huele a lluvia y a buenas perspectivas, que es exactamente a lo que debería oler la ciudad el día que abres tu primera tienda internacional.

Estoy de pie en la acera de Marylebone High Street con un café descafeinado que sigo sin perdonarle al universo, mirando el escaparate de Michaelis London con esa mezcla de orgullo y terror que, según me han dicho, nunca desaparece del todo. El cristal refleja la fachada perfecta, la iluminación cálida que elegí yo misma después de tres reuniones y dos crisis con el interiorista, y las piezas de la colección nueva dispuestas con una elegancia que hace que todo parezca inevitable, como si siempre hubiera debido estar aquí.

Llevo la mano a mi vientre, un gesto que se ha vuelto automático en los últimos cinco meses, y sonrío sola en la acera como una persona completamente razonable.

—El letrero está dos milímetros torcido.

Roman aparece a mi lado con ese sigilo suyo que en tres años no he conseguido anticipar. Trae dos cafés, uno de los cuales sé que es el mío porque lo conoce suficientemente bien como para haber pedido el descafeinado sin que yo se lo recuerde, lo cual es uno de los gestos más románticos que existe y que él ejecuta con la misma naturalidad con la que respira.

—No está torcido —digo.

—Dos milímetros, Valentina. Míralo desde aquí.

—Estoy mirándolo desde aquí y está perfectamente recto.

—Desde este ángulo exacto. —Se coloca detrás de mí, pone una mano en mi hombro y apunta con la otra hacia el letrero con la concentración de alguien desactivando algo—. ¿Lo ves?

—Yo lo que veo es un letrero recto.

—Veo que necesitas que te gradúen la vista.

Le quito el café de la mano sin mirarle.

—El letrero está recto —digo—. La tienda es perfecta. El día va a salir bien. Y si dices algo más sobre los dos milímetros voy a mandarte a supervisar el almacén con Marcus y Daniela.

Silencio de dos segundos.

—El letrero está perfectamente recto —dice Roman.

El problema de Marcus y Daniela es que son exactamente iguales y que ninguno de los dos tiene la más mínima conciencia de ello.

Los encontramos en el almacén de la planta baja cuarenta minutos antes de la apertura, de pie a lados opuestos de una mesa con el inventario entre ellos, irradiando la hostilidad específica de dos personas que han tenido exactamente la misma discusión cuatro veces esta semana.

—El protocolo de recepción de prensa dice que los acreditados entran por la puerta lateral —estaba diciendo Daniela, con su tono de quien lleva la razón documentada en tres formatos distintos.

—El protocolo que yo coordiné con el equipo de Londres dice que entran por la principal para que el fotógrafo pueda cubrir las llegadas —respondía Marcus, con la calma particular de alguien que también lleva la razón documentada en tres formatos distintos.

—Tu protocolo contradice el que acordamos en la reunión del martes.

—La reunión del martes no contaba con la información del equipo de fotografía que llegó el miércoles.

—Información que deberías haber compartido el miércoles.

—Información que compartí por correo el miércoles a las seis de la tarde.

—A las seis de la tarde yo ya había…

—Buenos días —digo.

Los dos se giran. Los dos adoptan simultáneamente la expresión de personas que estaban teniendo una conversación completamente profesional y no el duelo de voluntades que claramente era.

—Buenos días —dice Daniela.

—Buenos días —dice Marcus, medio segundo después, con el tono de quien no va a ser el segundo en nada.

Roman me mira. Yo le miro. Llevamos tres años teniendo esta conversación en silencio y con los ojos, que es una habilidad que desarrollas cuando compartes empresa, casa, y actualmente también la expectativa de una persona pequeña que llegará en cuatro meses.

—La prensa entra por la puerta principal —digo—. El fotógrafo necesita las llegadas.

Daniela abre la boca.

—Y el protocolo de acreditaciones se actualiza ahora mismo —añado, antes de que pueda— para reflejar el cambio. Daniela, ¿puedes coordinarlo con el equipo de recepción en los próximos veinte minutos?

—Por supuesto —dice, con una profesionalidad impecable y una mirada lateral a Marcus que podría cortar cristal.

—Marcus, el orden de llegada de los acreditados según el nuevo protocolo lo necesito antes de que abramos.

—En quince minutos —dice Marcus, con exactamente el mismo tono y exactamente la misma mirada lateral.

Salen por lados opuestos de la sala.

—Llevan ocho meses trabajando juntos —dice Roman, en voz baja, a mi lado.

—Lo sé.

—Y siguen así.

—Lo sé.

—Nosotros tardamos casi dos años —observa— y al menos teníamos la excusa de la empresa.

—Ellos también tienen la excusa de la empresa.

—Tienen la excusa de la empresa y además se mandan correos a las seis de la tarde en lugar de simplemente hablar.

Me río. La risa sale sola, esa que tengo desde siempre y que Roman ha aprendido a provocar con una precisión que a veces

sospecho que es completamente intencional.

—Dales tiempo —digo.

—¿Cuánto?

—Menos de dos años, con suerte. Son más listos que nosotros en algunas cosas.

Roman emite un sonido que podría ser una risa o un comentario retenido. Le conozco suficientemente bien como para saber que es las dos cosas.

La apertura sale tal y como esperábamos.

La tienda se llena con la energía particular de los días que importan. Hay prensa y hay compradores y hay personas que simplemente pasan por Marylebone y entran porque el escaparate les detiene, que es la mejor señal posible. El equipo de Londres trabaja con una fluidez que me hace querer llamar a cada uno por su nombre y decirles que han hecho algo extraordinario.

En un momento de la tarde, entre conversación y conversación, me aparto hacia la zona del fondo y me quedo mirando la sala desde ahí. El letrero en el exterior, recto como siempre supe que estaba. La colección en las perchas y en los maniquíes. El nombre en la pared del fondo, *Michaelis*, en letras de latón que mi padre habría tocado con esa manera suya de verificar que las cosas eran reales.

Siento la mano de Roman en mi espalda antes de escucharle llegar.

—¿Todo bien? —pregunta, en voz baja.

—Muy bien —digo.

Se coloca a mi lado y los dos miramos la sala durante un momento, la misma imagen desde el mismo ángulo, como llevamos tres años haciendo con la empresa y con todo lo demás.

—Tu padre estaría aquí ahora mismo tocando el letrero para ver si está bien colocado —dice.

—Y luego diría que le parece bien pero que el espaciado de las letras podría revisarse.

—Y llevaría toda la razón.

—Eso es verdad —confirmo.

La mano de Roman baja despacio desde mi espalda hasta posarse sobre la mía, sobre el vientre, con esa delicadeza que guarda para los momentos que no tienen público. Ninguno de los dos dice nada durante un rato.

No hace falta.

—El letrero estaba torcido —dice, finalmente.

Me giro hacia él con toda la indignación que soy capaz de reunir.

—Roman Prescott, te juro que…

Me besa antes de que pueda terminar la frase.

Ahí, en el fondo de la primera tienda de Michaelis en Londres, con la lluvia empezando otra vez fuera y Daniela y Marcus discutiendo en algún lugar del edificio sobre algo que en tres años resolverán solos, y una persona pequeña que todavía no sabe que acaba de heredar el mejor legado posible.

El letrero estaba recto.

Pero lo dejo ganar solo por esta vez.

◆ ◆ ◆

Puedes encontrar más historias de Millonarios de Manhattan aquí. Todas se pueden leer de forma independiente y en cualquier orden.

NOTA DE LA AUTORA

¡Gracias por escoger esta historia! Si te ha gustado te agradeceré enormemente que dejes una reseña o valoración en Amazon. Eso siempre nos ayuda a las autoras independientes ;)

También puedes apuntarte a mi lista de correo aquí o seguir mi página de autora en Amazon para recibir notificaciones de próximas historias o ver todas las que he publicado hasta la fecha.

Si lo deseas puedes encontrarme en Facebook o Instagram (busca Elsa Tablac).

¡Hasta la próxima!
Elsa

SERIES PUBLICADAS

¿Quieres leer más mininovelas como esta? Te llevarán muy poco rato, están pensadas para ser leídas y disfrutadas en poco más de una hora. Todas mis historias se pueden leer de forma independiente y en el orden que elijas; pero la mayoría está dentro de series temáticas. Estas son algunas de las más populares:

MILLONARIOS DE MANHATTAN

¿TRABAJO O PLACER?

MINIS

OFICINA WONDERBOOKS

HOTEL PARADISO

EL LARGO VERANO DEL AMOR

NO DEBERÍAMOS